

modelos, ya que «puso en marcha un mecanismo de imaginación». (¿No sería un magnetofón lo que puso en marcha?)

A Ricardo Nixon se le ha dicho de todo. Pero tenía que ser aquí donde se nos le propusiera como ejemplo imaginativo en su actuación, antes de salir a patadas por mentiroso, por tramposo, por ilegal, dejando detrás la crisis constitucional y la crisis económica más gigantescas que ha conocido su país. «Dick el tramposo» resulta ser «Ricardo el imaginativo». Quizá porque era capaz de calcular por dónde tenía que pasar, eligiendo la puerta en vez de la pared, y no como su sucesor. Pero es

que también Ford es un ejemplo: constituye para don Max Ebstein el submodelo, porque se le ocurrió devolver los impuestos a la gente. Dar dinero para ganar unas elecciones: si Romanones levantara la cabeza. ¡Qué Imaginación la del conde, que pagaba solamente a duro el voto!

Pero hay otro modelo imaginativo a imitar: Japón. Es la segunda parte de la propuesta de don Max. Hagamos como el Japón; seamos imaginativos. No importa que se trate de una industria incapaz de hacer una patente sin copiarla. No se trata de eso. Se trata de que en Japón se han inventado dividir la vida en

cuatro trozos: pequeño, escolar, obrero y jubilado. Antes, Japón había inventado la sociedad industrial superpuesta a esquemas sociales del Medievo. Ahora, se interiorizan las castas y cada japonés podrá disfrutar de su castación reglamentada en períodos. Y seguir trabajando doce horas. Y seguir en la fábrica donde estuvo su padre y estarán sus hijos. Y cantar cada mañana, en el tajo, el himno al fundador de su empresa, hermosa costumbre que entenece a los visitantes españoles.

Seamos Japón. Seamos Nixon y un poco Ford. Seamos imaginativos.

Nos están tomando por imbéciles. Que les hagan un «test». ■

CAÑAVERAL.

...O LA PANTERA DESAPARECERA POR TI

Este revistero, a petición del respetable, no quiere quedarse sin echar su cuarto a espadas en la cuestión de la corrida más comentada de esta temporada: la celebrada días pasados en la ermita de Palma del Río, donde Manuel Benítez lidió un toro de San Lucas tras escucharse (si el criterio se la dejó oír) la Epístola de San Pablo.

Lo más sorprendente no es que se haya casado por la Iglesia ni que haya puesto los papeles en reglas, ni que Martina acudiera al altar con una tercera barriga, ni que sufriera un palotazo y le entrara el miedo, ni que no pudiera torear el festival patriótico, ni que los Bienvenida se la hayan liado, ni que haya anunciado que se va para siempre y que quema todas las almohadas. Lo más sorprendente es que, de pronto, la Pantera haya dejado de existir.

En sus ires y venires por los cosos de España, este revistero había oído hablar ampliamente de la Pantera: que si la Pantera es muy lista, que si la Pantera le tiene sorbido el seso (que he dicho el seso, ¿eh?), que si la Pantera es la que le lleva los negocios, que si la Pantera es la que le ha hecho vender el hotel de Córdoba, que si la Pantera es la que pensó lo de la avioneta, que si la Pantera dice lo que hay que sembrar en Villalobillos y a cuánta

gente hay que contratar en Palma para el algodón o para recoger la aceituna... ¡Qué sé yo la de cosas que se decían de la Pantera! Parecía que la Pantera era... Bueno, eso; un bicho malo, el pecado personificado, la tentación de la carne, la negación de la familia. Y ya se sabe que en el mundo de los toros somos todos muy de derechas, y si no, que se lo pregunten a mi íntimo amigo y colega Vicente Zabala.

A la gente del toro le caía mal la Pantera. Por esos hoteles de Dios he oído decir de ella que era una golfa, una tunanta, una trincona y no sé cuántas cosas más, afirmaciones que naturalmente niego y rechazo absolutamente como falsas. Miedo tenía uno, mire usted, que cualquier tarde, cuando me acercara honradamente a recoger el sobre, se lo entregara la Pantera en persona en vez del mozo de espás...

Y de golpe y porrazo, nadie se acuerda ya de la Pantera. ¿Será que la Pantera nunca ha existido? ¿Será que la Pantera se la inventaron Lapiere y Collins, esos dos extranjeros tunantes que deben ser unos prendas, porque el otro día los vi en los domingos de «ABC», que se han comprado un ¡Rolls-Royce! ¡Un Rolls-Royce...!

Sí, debió ser que a la Pantera se la inventaron esos tíos, como lo de que al padre... Bueno, usted ya me entiende. O debió ser que se la inventó Tico Medina cuando estaba en el «Pueblo», que es cuando se dedicaba a estas cuestiones y no ahora, que nada más que saca a César Pérez de Tudela y a Félix Rodríguez de la Fuente, que parece Covadonga O'Shea la del «Telva»...

Debió ser una cosa de éstas o a mi que me han informado mal o yo que sé. Uno está viejo y medio atontado de ver tanta faena aburrida y plastificada, y ya casi ni entiende de estas cosas; pero cree recordar que en la vida de El Cordobés existió una vez la Pantera.

Por lo visto, con la boda y la bendición de la Santa Madre Iglesia, la Pantera ha desaparecido, el bicho nunca ha existido. ¿Será que al Cordobés lo ha casado el cura de «El Exorcista», que no veas la mano que tiene el tío para los bichos y los demonios, con uno de Berrocal lo quería yo ver? ¿O será que con quien estaba arrejuntado Manuel era con La Pantera Rosa? ■ CURRO TALEGUILLA.

NO SE QUE DECIRLES

LOS acontecimientos pueden dejar en la evidencia de los cueros a cuantos se atrevan a anticipar qué va a pasar en las próximas horas, días, semanas, meses. Empezar a escribir un artículo con la acuciante sospecha de que puede envejecer años en el simple viaje de la máquina de escribir a la imprenta no es una tarea tranquilizadora. Acudo a mis jefes para contarles mis cuitas.

—Es que yo puedo dar un tono negro o rosa a la sección y luego resulta que el país anochece verde o amanece de otro color. Y ya tenéis ahí mi artículo en ridículo por los siglos de los siglos.

—Tranquilo. Es mucho suponer que alguien te va a pedir cuentas por haberte equivocado de tono histórico. A la gente tu tono histórico le importa un pimiento morrón.

—Más a mi favor. Si esta semana no publico mi artículo nadie va a notarlo. Prefiero salir al balcón a contemplar lo que pasa.

—Lo único que pasa es que eres un gandul y te escudas en la coyuntura histórica para no trabajar esta semana.

—Lo reconozco. Oye, pero ya me toca sacarle alguna ventaja a la situación del país. Yo decretaría unos días de silencio informativo para que los escribidores tuvieran unos días de permiso antes del combate que se avecina.

—Quien no escribe no cobra.

Apostilla desde el fondo del despacho nuestro tremendo administrador, el hombre más afectado de este mundo por la crisis del petróleo o al menos así lo parece cada vez que le vas a pedir aumento de sueldo.

—¿De qué escribo entonces?

—Eso es cosa tuya. Si te damos la idea te rebajamos un cincuenta por ciento. Podrías contar todo lo que hemos hablado hasta ahora.

—Con eso sólo tengo para media sección.

—Podemos seguir hablando.

—Ya tengo otra línea más. ¿De qué hablamos?

—No sé. De algo intrascendente. Del tiempo. De la gripe.

—¡De la gripe no, por Dios!

—Es verdad. Pues no sé. Del desastre futbolístico español.

Me jefe está nervioso. No me mira a la cara y tamborilea con los dedos sobre la losa de cristal que recubre su mesa de despacho.

—Bueno Sixto. A ver si te espabilas por tu cuenta. Me estás demostrando una inmadurez profesional angustiosa.

—Eso lo diréis vosotros, pero de broma en broma ya estoy a diez líneas del final.

—¡Como siga escribiendo a nuestra costa le voy a descontar un treinta por ciento! —grita el administrador antes de marcharse dando un portazo.

—Oye, y si la cosa cambia para bien ¿nos daréis una paga extraordinaria?

—Insensato.

En los ojos del jefe baila la lucecita mustia del hastío y el desdén.

—Sólo que me digas otra lindeza por el estilo y ya tengo el artículo terminado.

—¡Eres un irresponsable histórico!

Terminado. ■

SIXTO CAMARA